

UN HÉROE POLACO

Henryk Sienkiewicz



Año 1668. Polonia todavía resuella tras la sucesión de épicas batallas que ha librado para expulsar a los invasores suecos. La guerra ha dejado a la nación esquilada, pero los problemas del pueblo polaco distan de haber concluido. El Imperio otomano, en coalición con dos viejos enemigos de la Polonia —tártaros y cosacos— aprovecha la situación de postración polaca para iniciar su propio intento de conquista.

En *Un héroe polaco*, Henryk Sienkiewicz, consumado maestro del más clásico y robusto realismo, nos presenta una universal historia de amor en la guerra. Basia es la atrevida y valerosa princesa soldado y Miguel Volodiovski el «pequeño caballero» comandante de las tropas polacas que, bajo el mando de Juan Sobieski —rey de Polonia y héroe de la Cristiandad en la batalla de Viena—, harán frente al insurgente poder turco. Tras mil avatares que les mantendrán separados. Basia y Miguel lucharán juntos en la fortaleza de Kamieniec, defendiendo a Polonia y a la civilización occidental frente a la tiranía de las hordas orientales.

Personajes soberbiamente contruidos, conjuras, acción trepidante que nos habla de cuestiones universales, magníficas recreaciones históricas; tras *A sangre y fuego* y *El Diluvio*, *Un héroe polaco* concluye la trilogía de Sienkiewicz, y una vez más el Premio Nobel polaco demuestra por qué es uno de los autores más traducidos y leídos de todos los tiempos.

Primera parte

I

Terminada la guerra con Hungría y después de la celebración del matrimonio entre Andrés Kmita y Alejandra Billevich, un caballero valeroso y renombrado en Polonia, Miguel Volodiovski, coronel del escuadrón de caballería de Lauda, se disponía igualmente a unirse en los dulces lazos de Himeneo con Ana Borzobogati Krasieńska.

Surgieron, sin embargo, obstáculos, a consecuencia de los cuales la boda tuvo que diferirse. La novia había sido educada por la princesa Griselda Visnovieski, sin cuyo consentimiento Ana no quería casarse: y Miguel se vio obligado, por tanto, a dejar a su prometida esposa en Vodokty, a causa de los disturbios de aquellos tiempos agitadísimos, y marchó solo a Zamost para pedir el consentimiento y la bendición de la princesa.

Pero la estrella que le guió en su expedición no le fue propicia. La princesa acababa de partir de Zamost para Viena, con objeto de atender a la educación de su hijo. El perseverante caballero tuvo, pues, que continuar su viaje, aunque era bastante largo, y cuando hubo visto a la princesa y obtenido su propósito, se volvió de nuevo con el corazón henchido de las más alegres esperanzas.

De regreso a su patria la encontró más agitada que nunca: el ejército había formado una especie de liga; en Ucrania continuaba la insurrección y en los confines orientales la lucha no había cesado aún. Habíanse reunido nuevas fuerzas para defender la frontera a todo trance. Antes que Mi-

guel llegase a Varsovia, había recibido un mensaje del voivoda de Russ; y juzgando que los asuntos particulares deben posponerse siempre a los de la patria, renunció a la idea de efectuar por lo pronto su casamiento, y se dirigió a Ucrania.

En aquella región luchó algunos años, viviendo en medio de batallas, soportando toda clase de privaciones y fatigas y teniendo muy raras ocasiones de escribir a su prometida.

Después fue enviado a Crimea, y cuando estalló la funesta guerra civil con Lyubomirski, combatió al lado del rey contra el infame traidor, volviendo luego por segunda vez a Ucrania a las órdenes de Sobieski.

Todas estas empresas guerreras acrecentaron de tal modo el lustre y la gloria de su nombre, que llegó a ser considerado como el primero y más valiente soldado del reino.

Los años pasaban entretanto, y las ansias de Miguel crecían cada vez más, aumentando su pasión, que le hacía suspirar incesantemente. Llegó al fin el 1668 y con él el merecido descanso. A principio de este año se dirigió a Vodokty, al lado de su amada, y juntos partieron para Cracovia. La princesa había vuelto ya de los dominios del emperador y había invitado a Miguel a celebrar sus bodas allí, ofreciéndose a hacer para la novia las veces de madre.

Los cónyuges Kmita permanecieron en su casa, suponiendo que durante algún tiempo habían de carecer de noticias de Miguel. Esperaban un nuevo huésped que había de venir muy pronto a Vodokty. La Providencia no había bendecido hasta entonces su unión, que había sido estéril; mas ahora aguardaban el acontecimiento feliz que cumpliría, al fin, sus ardientes deseos.

La cosecha había sido extraordinaria este año y las mieses tan abundantes, que las sementeras estaban cubiertas de gavillas y no habría bastantes graneros para contener el trigo. En los países colindantes, devastados por la guerra, los jóvenes abetos habían crecido en una sola primavera

más que en los dos años anteriores. En los bosques había abundancia de caza y de hongos; parecía que la extraordinaria fertilidad de la tierra se había extendido a todas las cosas que existen en su superficie. Los amigos de Miguel auguraban de esto los más felices resultados para su matrimonio, pero el destino había decidido otra cosa.

II

En un espléndido día de otoño, Andrés Kmita estaba sentado bajo la sombra de un emparrado, bebiendo su hidromiel y contemplando de cuando en cuando a su esposa a través de la verja cubierta por el lúpulo silvestre.

Su esposa paseaba por un sendero que corría delante de la verja.

Era una dama de aspecto noble y majestuoso, de facciones purísimas, casi angelicales. Caminaba despacio y con precaución, porque su vientre estaba bendito.

Andrés, que la miraba con intenso amor, bebió un largo trago de hidromiel y dijo a su esposa:

—Ven acá, Olenka: tengo que decirte una cosa.

—¿Será quizá algo desagradable?

—¡Dios me libre! Escúchame.

Diciendo así, le ciñó la cintura con el brazo y atrayéndola hacia sí murmuró a su oído:

—Si es varón, le llamaremos Miguel.

Ella se volvió con el rostro enrojecido por un ligero rubor, y murmuró a su vez:

—Me habías prometido que se llamaría Heráclito.

—¿No comprendes que quiero honrar a Volodiovski?

—Pero ¿no te parece que ante todo debemos honrar la memoria de mi abuelo?

—Que fue mi bienhechor. Pero nuestro segundo hijo se llamará Miguel, no puede ser de otro modo.

Olenka se levantó, intentando desprenderse de los brazos de su marido, que la apretó más fuerte y besó sus ojos y sus labios, diciendo al mismo tiempo:

—¡Amor mío, amor mío!

La aparición, al extremo del sendero, de un muchacho que venía corriendo hacia el emparrado, puso fin a los transportes de su ternura.

—¿Qué quieres? —preguntó Andrés al niño, soltando a Olenka.

—Ha venido Pan Karlamp y espera en el salón —contestó el muchacho.

—¡Ahí lo tienes en persona! —exclamó Kmita viendo a un hombre que se acercaba—. ¡Cielos! ¡Qué encanecidos están ya sus bigotes! ¡Bien venido, querido camarada! ¡Te saludo, amigo mío!

Y así diciendo, salió apresuradamente del emparrado, corriendo hacia Karlamp con los brazos abiertos.

Éste se inclinó hacia Olenka, a quien había conocido en otro tiempo en la corte de Kyedani, y le besó la mano; después se arrojó en los brazos de Kmita prorrumpiendo en sollozos.

—¡Por amor de Dios!, ¿qué ha ocurrido? —exclamó Andrés estupefacto.

—El cielo ha dado la dicha a uno y ha privado de ella a otro —dijo Karlamp—: pero sólo a ti puedo revelar la causa de mi dolor —añadió dirigiendo una mirada a Olenka, la cual comprendió enseguida que no quería hablar en su presencia y dijo a su marido:

—Me retiro para haceros servir hidromiel.

Kmita condujo a su amigo bajo el emparrado, le hizo sentar sobre un banco y volvió a preguntarle:

—¿Qué ha ocurrido? ¿Necesitas alguna cosa? Cuenta conmigo mejor que con Zavisha^[1].

—A mí no me ha ocurrido nada —repuso el viejo soldado—, y nada necesitaré mientras pueda valerme de mis manos y manejar mi espada; pero nuestro amigo, el caba-

llero más ilustre del reino, sufre cruelmente y no sé si aún vive.

—¡Por las llagas de Cristo! ¿Ha sucedido algo a Volodiovski?

—Sí —dijo Karlamp, prorrumpiendo de nuevo en llanto—. Ana Borzobogati ha dejado para siempre este valle de lágrimas.

—¡Ha muerto! —exclamó Kmita llevándose las manos a la cabeza.

—Como un pajarillo traspasado por una flecha.

Siguió un momento de silencio. No se oía otro ruido que el de alguna manzana que caía acá y allá pesadamente al suelo y la respiración agitada de Karlamp, más afanosa ahora por los esfuerzos que hacía para contener los sollozos.

—¡Santo Dios, santo Dios! —repetía Kmita meneando la cabeza y retorciéndose las manos.

—No te sorprenderán mis lágrimas —prosiguió Karlamp—, porque si una pena insoportable oprime tu corazón al oír solamente lo ocurrido, ¿cuál no será la angustia que me ha embargado a mí, que he sido testigo de su muerte y del indecible dolor de nuestro amigo?

En aquel momento apareció un criado con una bandeja sobre la cual llevaba una botella y otro vaso; tras él venía la esposa de Kmita, que no había podido reprimir su curiosidad y que, escudriñando el rostro de su esposo y leyendo en él la más honda pena, preguntó de pronto:

—¿Qué noticias le habéis traído, Karlamp? No me alejéis; quiero consolaros, si es posible, o llorar con vosotros y ayudaros con mis consejos.

—En la ocasión presente no hallarás ninguno en tu cerebro —replicó Kmita—; y temo que el disgusto perjudique tu salud.

—Todo puedo soportarlo. Más penosa aún es la incertidumbre.

—Anusia ha muerto —dijo al fin Andrés.

Olenka palideció y se dejó caer sobre un banco. Kmita temió que se desmayase, pero el dolor fue más activo, y al imprevisto anuncio prorrumpió en amargo llanto, en el que la acompañaron los dos hombres.

—Olenka —dijo luego Kmita deseando dar otro curso a los pensamientos de su esposa— ¿no crees tú que está en el cielo?

—No lloro por ella, sino por su pérdida y por el aislamiento de Miguel. En cuanto a su bienaventuranza, ¡ojalá estuviera tan segura de la mía como lo estoy de la suya! ¡No había en el mundo doncella más estimable, más buena ni más honesta! ¡Oh, Anulka mía, amada Anulka!

—He sido testigo de su muerte —dijo Karlamp—. Dios nos conceda a todos un tránsito tan santo como el suyo.

Después de estas palabras hubo un nuevo silencio: parecía que las lágrimas derramadas aliviaran su dolor.

—Danos pormenores del doloroso caso; pero antes toma algún refrigerio para adquirir fuerzas —dijo Kmita.

—Gracias —replicó Karlamp—; tomaré un sorbo de cuando en cuando si quieres beber conmigo; la pena no sólo oprime mi corazón, sino que se aferra a mi garganta como el lobo se aferra al hombre para ahogarlo antes que pueda llegarle algún auxilio. Me dirigía desde Czestochowa a mi país natal para acabar en él tranquilamente los días que me queden de existencia. He guerreado ya bastante; principié a combatir siendo adolescente y ya tengo los bigotes blancos. No sé si podré permanecer quieto en mi casa: si no lo consigo, volveré a alistarme bajo otra bandera. Esta liga militar formada en daño de la patria y en provecho del enemigo y estas guerras civiles me han hecho odioso el oficio de las armas. ¡Dios de bondad! Dicen que el pelícano alimenta a sus pequeñuelos con su propia sangre, pero este país no tiene ya ni una gota de ella en su seno. Sviderski^[2] fue un valiente soldado. ¡Que Dios le juzgue!

—Pero ¿dónde encontraste a Miguel? —preguntó Kmita a su antiguo amigo, interrumpiendo su desahogo patrióti-

co.

—En Czestochowa, donde se habían detenido para descansar y visitar la tumba del santo. Me dijo que venía de aquí y que se dirigía a Cracovia a ver a la princesa Griselda para celebrar allí la boda. Anusia gozaba entonces de una salud excelente y Volodiovski estaba alegre como un pájaro. «¿Ves —me decía— cómo Dios me ha concedido al fin la recompensa de mis fatigas?». No tenía la menor vanidad y se chanceaba conmigo, recordando que una vez habíamos reñido con motivo de Anusia y estuvimos a punto de batirnos... ¡Dónde está ahora la pobre muchacha! —añadió Karlamp estallando de nuevo en llanto, pero sólo por unos instantes, porque Kmita le interrumpió diciéndole:

—Aseguras que ella estaba buena; ¿cómo, pues, le atacó el mal tan de improviso?

—Sí, de improviso, en verdad. Se hallaba con los esposos Martsin Zamoyski, que residían por una temporada en Czestochowa. Volodiovski se pasaba los días enteros al lado de su prometida, lamentándose de la tardanza de la ceremonia. Me decía que tardarían un año en llegar a Cracovia, porque todos querían detenerle. Y no hay nada extraño en esto, porque todo el mundo se consideraba honrado en tener de huésped a un caballero tan valeroso y digno como Miguel. Él mismo me llevó a casa de su novia y me amenazó en broma con hacerme tajadas si le hacía la corte. Pero una noche Volodiovski se presentó fuera de sí en mi habitación gritando: «¡Por amor del cielo! ¿Dónde podré encontrar un médico?». «¿Qué ha sucedido?», le pregunté. «Ana está enferma», me contestó, «y ya no conoce a nadie». «¿Y desde cuándo está así?», dije alarmado. «Panna Zamoyski me acaba de hablar de ella». Él no me contestó. «Es de noche», proseguí. «¿Dónde podré ir por un doctor, aquí donde no hay más que un convento, y en la ciudad, donde hay más ruinas que habitantes?». Encontré, al fin, mi cirujano que no se mostró muy dispuesto a seguirnos; tuve que forzarlo por las armas, pero era más necesario un sacerdote

que un médico. Encontramos, en efecto, al volver, a un religioso paúl, que rezaba a la cabecera de la enferma y que había conseguido hacerle recobrar los sentidos, gracias a lo cual pudo recibir los sacramentos y despedirse tiernamente de Volodiovski. A las doce del día siguiente entregó su alma al Creador. El cirujano aseguró que alguien debió darle alguna cosa; pero esto es imposible, porque en Czestochowa los maleficios no tienen poder alguno. ¡Pero cuántas cosas dijo e hizo Miguel!... Espero que el Señor no se lo tomará en cuenta, porque un hombre no reflexiona en las palabras que salen de su boca cuando el dolor le destroza. ¡Blasfemó en su desesperación! —añadió Karlamp bajando la voz.

—¡Dios mío! ¿Ha blasfemado? —preguntó Kmita.

—Se alejó del cadáver precipitándose en la antesala y de allí al patio, tambaleándose como si estuviera ebrio. Levantó luego las manos al cielo y se puso a gritar con voz terrible: «¿Es ésta la recompensa de mis heridas, de mis fatigas, de mi sangre vertida, de mi amor a la patria? ¡Tenía sólo un cordero y tú, Señor, me lo has arrebatado!... Abatir a un hombre armado que pasea orgulloso y retador es una acción digna de Dios; pero sólo un gato, un gavilán o un buitre son capaces de matar a una inocente paloma..., y tú...».

—¡Por las llagas de Cristo! —exclamó Kmita—, detente... si no quieres atraer la desgracia sobre esta casa.

Karlamp hizo la señal de la cruz y añadió:

—El pobre soldado creyó que ésta era la recompensa que recibía por los servicios hechos a la patria. ¡Dios sabe lo que hace, aun cuando sus decretos sean incomprensibles para la mente del hombre y no estén al alcance de la justicia humana! Apenas pronunció tan terribles blasfemias, Volodiovski se puso rígido y cayó al suelo. El sacerdote lo exorcizó para impedir que el espíritu maligno entrase en él, atraído por la blasfemia.

—¿Recobró pronto los sentidos?

—Permaneció tendido como un muerto cerca de una hora, y cuando recuperó el conocimiento estuvo encerrado en su cuarto sin ver a nadie. Durante los funerales le dije: «Pan Miguel, tened confianza en Dios», pero él no me contestó. Me quedé tres días más en Czestochowa, porque sentía abandonarlo, pero en vano llamé a su puerta. No tenía necesidad de mí y yo no sabía qué partido tomar, si continuar allí o irme. ¿Debía dejar a un hombre sin consolarlo? Viendo, sin embargo, que no podía hacer nada, decidí ir a ver a Kretuski, que es su mejor amigo, y a Zagloba, que tanto le quiere. «Quizá», pensé yo, «ellos conseguirán tocarle el corazón, especialmente Zagloba, que es genial y sabe como nadie persuadir a un hombre».

—¿Has ido a casa de Kretuski?

—Fui, pero la fortuna no me asistió, porque él y Zagloba habían ido a Kalisch a visitar a Pan Estanislao, y nadie pudo decirme cuándo volverían. Entonces me dije: «Iré a Imud, veré a Kmita y le contaré todo lo ocurrido».

—Sé, desde hace mucho tiempo, que eres un perfecto caballero —repuso Andrés.

—En el caso presente no se trata de mí, sino de Volodiovski —observó Karlamp—. Confieso que temo bastante por él, porque su razón está muy alterada.

—¡Dios le preserve de tamaña desgracia! —exclamó Kmita.

—Si Dios le libra de perder el juicio, se hará, de seguro, fraile, pues no he visto nunca en todos los días de mi vida un dolor tan intenso, y sería una lástima perder un soldado como él... Sí, sería una lástima.

—¿Sabes si aún se encuentra en Czestochowa? —preguntó Kmita.

—Allí lo dejé, pero ignoro lo que habrá hecho después. Lo único que puedo decir es que deseo ardientemente que Dios le conserve la mente sana y le preserve de una enfermedad, que es a menudo consecuencia de un gran dolor. Se encontraría solo entonces, sin ayuda, sin parientes, sin

un amigo, sin consuelo alguno. ¡Que la santa Virgen milagrosa que se venera en Czestochowa le asista y le proteja, fiel amigo, tú que tanto hiciste por mí y te portaste conmigo como un hermano!

Olenka se sumergió en una profunda meditación, y un largo silencio siguió a las últimas palabras de Karlamp; al fin, levantó la cabeza y dijo:

—Yendrek^[3], acuérdate de cuánto le debemos.

—Si lo olvidase tomaría prestados los ojos de un perro, porque no me atrevería a mirar la cara de ningún hombre honrado con los míos.

—Yendrek, tú no puedes dejarle en tal estado.

—¿Y de qué modo podría serle útil?

—Vete al lado suyo.

—Ése es el lenguaje de una noble dama que tiene corazón —exclamó Karlamp cogiendo las manos de Olenka y cubriéndolas de besos.

Pero este consejo no agradaba a Kmita, que principió a menear la cabeza, diciendo:

—Por él iría hasta el fin del mundo; pero tú sabes..., si estuvieses buena..., no digo que no..., pero ya sabes... ¡Dios te guarde de una desgracia!... La inquietud me mataría. La mujer propia es antes que el mejor amigo... El estado de Miguel me apena..., pero...

—Yo me quedaré bajo la protección de los frailes de Lauda —replicó Olenka—. Aquí todo está tranquilo por ahora, y ya sabes que yo no me espanto por nada. Si Dios no lo permite, ni un solo cabello caerá de mi cabeza, y Miguel es quien tiene necesidad de tus socorros.

—¡Y tanta como tiene! —exclamó Karlamp interviniendo.

—Yendrek: mi salud es buena —prosiguió Olenka—. Nadie me hará daño. Bien veo que no estás dispuesto a ir...

—Preferiría hacerlo hacia la boca del cañón —afirmó Kmita, interrumpiéndola.

—Considera que sufrirás amargamente si permaneces aquí, pensando que has abandonado a tu amigo. Además, Dios nos puede privar, en su justa cólera, de la bendición que nos había concedido.

—Me infundes un triste presentimiento hablando de ese modo: eso es precisamente lo que temo.

—El salvar a un amigo como Miguel es un deber sagrado.

—Amo a Miguel con todo mi corazón —añadió Kmita—; el caso es grave, lo comprendo; la necesidad urgente, no lo niego; cada hora de retardo es de grandísima importancia, pero... ¡Dios mío! ¿No hay ningún otro medio más que ése? El espíritu del mal es quien ha inspirado a Kretuski y a Zagloba la idea de irse a Kalisch. No se trata de mí, querida mía, se trata de ti: y antes preferiría perder cuanto poseo, a vivir sin ti un solo día. ¿Tú dices que es un deber? Pues bien, sea. Ante un deber que cumplir es culpable quien vacila: pero si no se tratase de Miguel no me movería de tu lado.

Y volviéndose a Karlamp, Andrés añadió:

—Te ruego, querido amigo, que vengas conmigo a la cuadra para escoger los caballos. Y tú, Olenka, prepárame entretanto el equipaje. Karlamp: tú debes quedarte aquí por quince días: cuidarás de mi mujer en lugar mío. Vamos, vamos a la cuadra. Marcharé dentro de una hora. Es necesario, sí, es necesario.